

Concursitos interruptus

O la eficacia de los concursos de arquitectura para evitar que la buena arquitectura llegue a construirse

Alberto Campo Baeza

El *concurso interruptus* es hoy por hoy el método más eficaz que la sociedad española emplea para defenderse de los arquitectos entusiastas, que en su desfogado ardor pretenden hacer realidad, levantar, construir sus mejores obras de arquitectura.

En mi corta vida de arquitecto, de arquitecto que ama apasionadamente la arquitectura, he hecho muchos, todos, demasiados concursos de arquitectura. De éstos he arrancado, obtenido, merecido el primer premio en siete que, lógicamente, deberían haberse construido. ¡Pues ni medio! Sí, no he conseguido construir más que un trozo, un pedazo, un cacho, ni medio de uno de ellos.

¿No es esto setenta veces siete agotador, enervante, increíble?

¿No es esto un continuado intento repetido heptágonamente fallido, fallado, frustrado?

¿No es esto motivo siete veces suficiente para concluir, advertir, denunciar que los concursos de arquitectura son una tomadura de pelo bendecida, aceptada e incluso utilizada por todos los organismos oficiales? ¿Se entiende ahora que pueda y hable de *concursitos interruptus*?

Pues con esta fe perdida en los concursos, imagínense ustedes que un día recibo una interesante llamada telefónica. Al otro lado del hilo una sinuosa, susurrante, sugerente voz femenina:

...¿Eres el arquitecto...? (tuteo directo).

...Por fin te encuentro. Mira, soy Cristina Eme punto, jefa del servicio (el eterno vicio de ser jefe de algo, de lo que sea) de urbanismo de T. de A. (conocida ciudad madrileña-americana).

...No, no, de ur-ba-nis-mo (pedagógica).

...Sí, sí, te llamo (sugerente) para proponerte (emoción) el que nos hagas unos dibujitos con unas ideas para resolver la arquitectura de la plaza del pueblo. Es lo único que nos queda (con pena) y queremos cuidarlo (con mimo).

...Queremos, estamos dispuestos a hacer,

una cosa que esté muy bien, lo mejor (triumfante).

(Yo me emociono de ver tanto amor por la arquitectura de la ciudad, y me envanezco de que hayan pensado en mí.)

...No, no sé quién ha dado tu nombre... Sí, sí, entre los mejores... Sí, sí, por supuesto... No, no es un concurso... Sí, sí, a varios arquitectos más... Que no, que no es un concurso... Bueno, no te creas, son los mejores (con satisfacción), los de más prestigio... De nada... Sí, sí: Moneo... Sí, sí: Sota... Pues no sé de qué te extrañas.

...Bueno (con voz segura de entrar a matar), te tenemos preparadas trescientas cincuenta mil pesetas... Sí, trescientas cincuenta mil pesetas... Sí, sí, sólo por hacer los dibujitos... Sí, así de sencillo... No sé por qué te extrañas... Sí, sí, así de sencillo... Sí, trescientas cincuenta mil pesetas.

...Bueno, pregunta lo que quieras por ahí... Sí, sí, pero respóndenme rápido que nos han dado un préstamo para esto y tenemos que gastarlo.

Y claro está, tonto de mí, en vez de oír, ver y cobrar, pregunté por ahí. Y preguntando por ahí, me entero de lo siguiente:

El citado Ayuntamiento acaba de declarar desierto un concurso entre arquitectos para el mismo idéntico tema. Pero esto no significa que sea un concurso reciente este fallado desierto concurso. El concurso es de hace dos años, ¡dos años! Dos años en los que este Ayuntamiento ha estado deliberando sobre los trabajos presentados por los arquitectos. Han debido querer hacer las cosas con tanta seriedad y profundidad, tan pensadas, que han tardado dos años en deducir... que no les gusta. Dos años en los que han tenido en vilo, ¡vil, oh!, a los concursantes a los que han sumido en un eficaz y legal silencio de esos que llaman administrativos. Dos años tras los cuales en un instante se hace la luz, se declara desierto y se pasa inmediatamente a llamar a los divos. Apagar a los primeros y a pagar a los últimos.

Ya se sabe, se ha sabido siempre, que los últimos serán los primeros.

Vamos, que por lo visto quieren hacer una cosa de prestigio, de lujo, de salir en los papeles. Pues saldrán en los papeles.

Y, claro está, tonto de mí, en vez de oír, ver y cobrar, me he negado a jugar, a hacerles los sencillos dibujitos, a embolsarme las pesetas.

Habrà que apuntar que todo es legal y bien legal. Que todo está atado y bien atado. Que todo ha sido por teléfono y no ha habido ningún escrito por medio. Que en mi opinión todo es inmoral y bien inmoral. Que es impeorable e imperdonable.

Me entero con enorme sorpresa que los maestros no sólo han aceptado, sino que han ido en persona a recoger la documentación y que están trabajando sobre el tema. ¿Sabrán la historia anterior? ¿Llegarán a cobrar algún día? ¿Se llegará a parecer lo que se haga allí (si es que se hace algo) a sus dibujitos?

¡Basta ya! ¡Basta ya de derramar en el suelo nuestra ilusión y nuestro trabajo! ¡Basta ya de arrojar perlas a los cerdos!

¡Basta ya! ¡Basta ya de tomaduras de pelo! Me han, nos siguen tomando el pelo. Sólo que se han equivocado de sitio y, ¡ciegos!, me han tomado arrancado el pelo... de la lengua. Y ya se sabe a lo que conduce el no tener pelos en la lengua (que esto no lo arregla ni el amigo Svenson).

Y cuento todo esto, que es como una gota de agua en un océano, porque hay mares de concursos (¡el eterno recurso de los jóvenes!) en los que ha ocurrido lo mismo. Los concursos de arquitectura han servido, sirven y servirán para que los mejores arquitectos, muchas veces los incansables maestros, nunca lleguen a levantar las obras

premiadas, después de derrochar, desparramar, desperdiciar toda su ilusión, su capacidad y su imaginación. Podría, no cabrían en estas líneas, poner muchísimos ejemplos. Son, han sido y serán los *concursos interruptus*.

Y cuento todo esto porque todavía sigue habiendo muchos arquitectos (yo inocentemente entre ellos) que siguen presentándose sin manos, sin red, desnudos, a los concursos en los que impepinablemente se estrellan.

Y cuento todo esto porque se nos está viniendo encima una avalancha de concursos de arquitectura (basta con ver los abundantes anuncios en la prensa diaria) sin que hayan cambiado para nada los presupuestos y la situación existente. Con la aquiescencia, el beneplácito y la indiferencia de todos nuestros organismos oficiales que, frecuentemente, incluso ofician de organizadores.

¿Se atreverá (me atreveré) alguien después de esto a presentarse a algún concurso de arquitectura?

Los maestros seguirán ilusionados trabajando en sus acertadas soluciones para la que seguro que será maravillosa, suntuosa, inigualable plaza de T. de A.

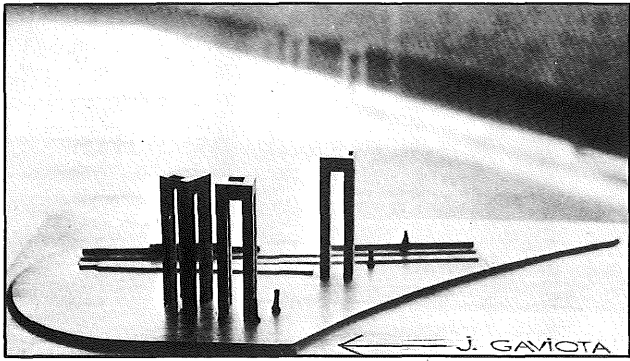
Los jóvenes arquitectos seguirán ardorosos presentándose en masa a los concursos de arquitectura, acercándose fogosos al altar de la diosa Fortuna a quemarse, a inmolar-se, en aras de la diosa Arquitectura.

La sociedad seguirá socarrona, cruel y perversa, utilizando los concursos de arquitectura para preservarse, liberarse, de los molestos, para ella, arquitectos que se empeñan en levantar la buena arquitectura. Y es que la sabia sociedad sabe bien que la *belleza* es la verdadera, la peligrosa, *revolución*.

**MARÍA LUISA LOPEZ
SARDA Y JOSE
CARLOS VELASCO**
Proyecto de Monumento
a la Constitución en el
paseo de la Castellana,
1982.
648. *Maqueta.*

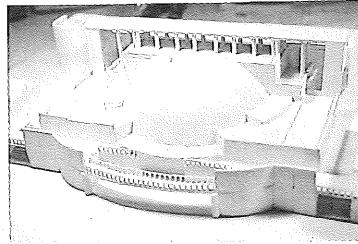
**SALVADOR PEREZ
ARROYO**
Anteproyecto de
Planetario en el Parque
del Oeste, 1982.
649. *Maqueta.*
650. *Planta.*
651. *Secciones.*

**ALBERTO CAMPO
BAEZA**
Proyecto de Polideportivo
en la Escuela de
Arquitectura, 1982.
652. *Alzados.*
653. *Plantas y sección.*

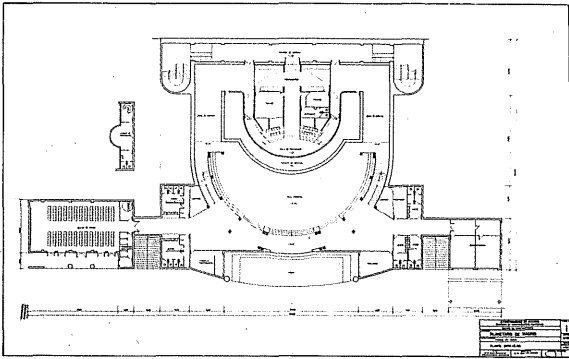


648

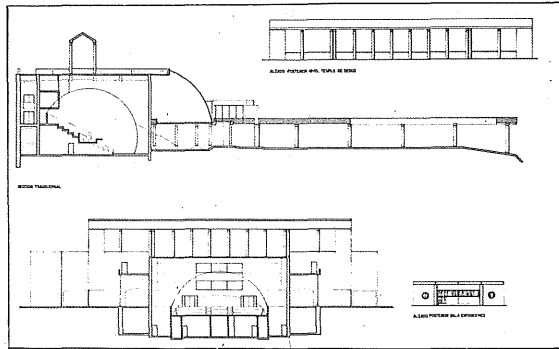
J. GAVIOTA



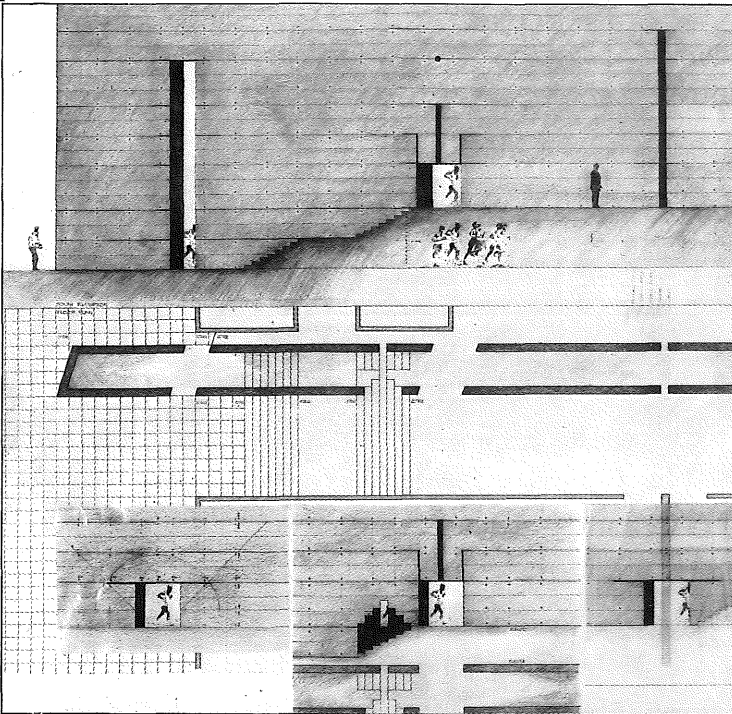
649



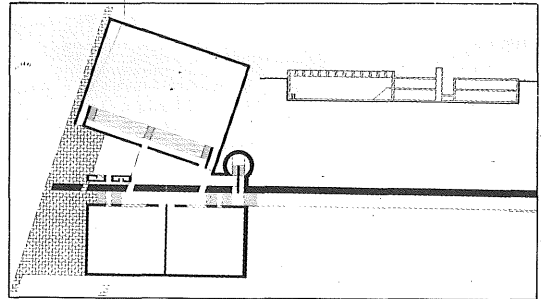
650



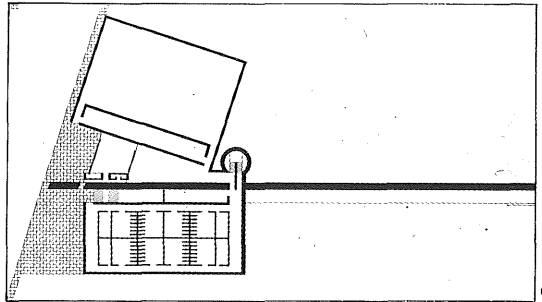
651



652



653



653